

Estrategias familiares, pobreza urbana y prácticas ciudadanas



*Un análisis comparativo**

Bryan R. Roberts**

Population Research Center

University of Texas at Austin



Este artículo analiza el papel que juega la organización familiar al enfrentarse a situaciones de crisis y a retos socio-económicos que imponen los contextos urbanos. Los hogares urbanos pobres tienen diversas posibilidades para mejorar sus condiciones de vida por medio de respuestas inmediatas o a futuro. Muchas de estas posibilidades son producto de factores externos que están por fuera del control familiar, como los ciclos económicos o las características de la estructura del empleo local. A pesar de estos límites, que se imponen a las iniciativas de las familias, las posibilidades con las cuales los individuos aumentan el control sobre su ambiente, al administrar eficientemente los recursos que tienen, se mantienen abiertas. Hay un importante debate acerca de la forma en que este control puede darse. Según algunas teorías, la capacidad de los individuos de enfrentarse a situaciones de crisis (*empowerment*) tiene que ver con la cuestión del proceso actual de privatización de los asuntos públicos, que fomenta la participación de los pobres en el mercado, prioriza la responsabilidad individual del hogar para obtener bienestar económico y moral de sus miembros, y libera tanto a los individuos como a las familias de la tiranía de la burocracia estatal (Douglas, 1989). Desde otras perspectivas, las estrategias familiares se orientan a tener mayor capacidad de acción colectiva, sobre la base de estrategias comunitarias, que reducen la dependencia de la familia no sólo del estado, sino también del mercado (Friedmann, 1989).¹

* Este artículo fue publicado en inglés en el Volumen 39, *Urban Affairs Annual Reviews de Sage Publications* en 1991, titulado "Urban Life in Transition", coordinado por M. Gottdiener & Chris G. Pickvance. La traducción al español estuvo a cargo de Sergio Tamayo.

** N. del A., Agradezco a Harley Browning y Omar Galle sus útiles comentarios.

1. Abrahamson, (1988), señala que la afinidad entre las posiciones políticas de izquierda y de derecha sobre la capacidad de los pobres para que puedan responder a su propio bienestar se debe a dos razones contradictorias: la crisis financiera que se genera por el incremento en los costos de los servicios públicos y la forma de funcionamiento deshumanizada por parte de las dependencias estatales destinadas a administrar la asistencia pública.

El problema de estos enfoques es que generalmente ignoran el hecho de que los hogares urbanos no enfrentan la pobreza en abstracto, sino en situaciones específicas en ámbitos específicos, que varían según el tiempo, el lugar y el ciclo familiar. La cuestión, como Hareven (1982:4) señala, es identificar los contextos económico y político bajo los cuales las familias pueden, ya sea individual o colectivamente, ejercitar algún control sobre su entorno socio-espacial.

Las estrategias de los hogares urbanos, particularmente entre los pobres, han adquirido renovada importancia con la reestructuración económica y política a partir de la primera mitad de la década de los setenta.² La reestructuración impone desafíos a las familias pobres debido a que una de sus consecuencias ha sido confrontar, con mayor crudeza, a esta población con la fuerza del mercado, a partir de la sistemática reducción del gasto público principalmente en bienestar colectivo, en rubros tales como transferencia del ingreso, servicios públicos y subsidios de tipo diverso. Siendo la unidad social básica de protección y residencia, el hogar está sujeto, de manera peculiar, al territorio (espacio urbano) y no puede cambiar de residencia fácilmente siguiendo la relocalización de las oportunidades del empleo que generalmente la reestructuración trae consigo.

La reestructuración, sin embargo, es sólo una de las transiciones que afectan a las estrategias de las familias para hacer frente a la crisis. Habría que tomar en cuenta la transición demográfica hacia la constitución de una sociedad con gran población en la tercera edad, y con familias pequeñas, inclu-

yendo aquellas conformadas por personas solas. Está también la transición hacia la sociedad mercantil en la que el empleo se da principalmente en ocupaciones comerciales y de servicios, en la que los índices de participación económica tanto de hombres como mujeres se incrementan por igual, y en la que hay una considerable heterogeneidad en los patrones de empleo, resultado del incremento de ocupaciones de medio tiempo y otras formas atípicas de trabajo (Córdova, 1986).

En este artículo, considero un número limitado de contextos que afectan las diferentes estrategias familiares.³ Uno de éstos es la naturaleza de la organización espacial urbana, que incluye el mercado de la vivienda. La cuestión aquí es si la actual reestructuración del espacio urbano facilita o impide el surgimiento de ciertos tipos de comunidades que son adoptados como parte de las estrategias de sobrevivencia. Otra variante contextual son las diferencias de los mercados laborales urbanos, tanto por el tipo de empleo que ofrecen, como por las oportunidades que estos crean para los distintos miembros del hogar: hombres y mujeres, jóvenes y viejos.

Finalmente, necesitamos considerar las variantes de organización del bienestar social, particularmente aquellas que se desprenden de las políticas estatales, por ejemplo, tipos de organización familiar que son motivados por una política pública, y el grado en que la asistencia social se considera más como una responsabilidad privada que pública. La asistencia pública trae aparejada el tema de la significación de la ciudadanía. En una sección posterior, analizo si las estrategias familiares pueden o

2. Más adelante considero con mayor detalle lo que constituye una estrategia y la discusión que este concepto de estrategia familiar ha generado.

3. Estos contextos pueden concebirse como estructuras de oportu-

nidad, tales como las alternativas de vivienda, empleo y seguridad social, entre las cuales los miembros del hogar pueden escoger según sus propias y reales posibilidades.

no contribuir a una mayor participación ciudadana, y si esta práctica cuestiona, o refleja, la concepción hegemónica de los derechos ciudadanos impuesta desde arriba (Turner, 1990, Van Gunsteren, 1978).

De las diferentes esferas de ciudadanía, la de los derechos sociales ha sido quizá la más fuertemente impugnada en años recientes, especialmente en los países desarrollados. Los hogares, principalmente los pobres, son así tanto protagonistas como víctimas de esta impugnación. Para obtener mayores recursos que estén disponibles en las instituciones estatales, las familias deben realizar ciertos requerimientos y elegir entre varias alternativas. La familia tiene que ajustar el total del ingreso generado, así como sus estrategias propias de auto-consumo para, después, tomar en cuenta lo que el estado ofrece, y entonces unificarse con otras para demandar derechos a las instituciones públicas o proporcionarse por sí mismas su propia asistencia, convirtiéndose frecuentemente en base de apoyo de movimientos sociales orientados a mejorar los servicios comunitarios o a ganar una mejor distribución de los recursos estatales. Acceder a tales derechos sociales según el grado de control que las familias ejercen sobre su medio puede igualmente tener implicaciones negativas, al hacerlas más dependientes de la burocracia estatal.

Los derechos ciudadanos y la reestructuración económica están determinados por el desarrollo nacional. La forma de la ciudad post-industrial y las alternativas de vida que se proporciona a los hogares urbanos está asociada a los patrones nacionales, específicos de su desarrollo urbano. Como Gottdiener (1989) argumenta, sería un error igualar los tipos de paisaje urbano, resultado de la interacción de las transformaciones políticas, económicas y tecnológicas en los Estados Unidos, por ejemplo, con los de Europa. El desarrollo urbano

ha sido desigual a escala mundial; las ciudades de muchos países en vías de desarrollo están entrando a su fase post-industrial antes de madurar su estructura industrial o la infraestructura urbana asociada a ésta. Consecuentemente, las diferencias nacionales que se observan en el tipo de políticas de bienestar social necesitan ser consideradas como parte del ámbito de las estrategias familiares. En ciertos casos, las deficiencias de las políticas de libre mercado son relativamente más fuertes que aquellas deficiencias en contextos donde el estado provisiona la asistencia, en otros más, las deficiencias de la provisión estatal hacen del libre mercado el único recurso, y aún otras, el fracaso tanto del estado como del mercado para ofrecer condiciones de subsistencia mínimos hace que el auto-abastecimiento o las redes de intercambio no monetarias sean los principales recursos disponibles.

A partir de estas diferencias en los patrones de desarrollo urbano y las diferencias que resultan tanto de las posibilidades como de las limitaciones estratégicas que enfrentan las familias, comparo aquí tres tipos de contextos urbanos. El primero corresponde al de los países europeos, con una larga historia de urbanización e industrialización, donde la asistencia pública, aunque estancada, es aún un elemento significativo del bienestar familiar. El caso de análisis es la Gran Bretaña. El segundo contexto corresponde a los Estados Unidos donde la urbanización y la industrialización son más recientes, basadas en un sistema político y económico de mayor descentralización, donde la asistencia social se ha dejado al mercado y a la iniciativa individual. El tercer contexto es el de los países del mundo subdesarrollado con reciente urbanización e industrialización en donde ni el mercado ni el estado han sido capaces de proporcionar un bienestar adecuado para la mayoría de los habitantes

urbanos. Este tercer caso está basado en América Latina.

Habría que decir que la preocupación sociológica sobre las estrategias familiares ha sido desigual en cada caso. América Latina ha recibido una cobertura más extensa (Schmink, 1984). Tuvo una considerable atención en Europa, particularmente en el Reino Unido (Crow, 1989). Y, al mismo tiempo, recibió poca atención en los Estados Unidos; caso aparte es la literatura más reciente sobre inmigrantes (Aldrich & Waldinger, 1990; Boyd, 1989; Browning & Rodríguez, 1985; Fernández Kelly & García, 1990; Hagan, 1990; Pessar, 1982; Tienda, 1980).⁴

Mi propuesta es que las estrategias familiares están ligadas al contexto y que para su entendimiento se requiere explotar sus manifestaciones bajo diferentes ámbitos económicos y políticos. Este artículo comienza así, trabajando el concepto de estrategia, y después, revisando la variedad de tipos de estrategias familiares. Más adelante se examina el tema del contexto, al explorar diferentes tipos de ciudadanía y estrategias familiares asociadas a éstos. Posteriormente, se consideran las formas en que la reestructuración urbana actual afecta las estrategias familiares. Finalmente, las estrategias son contrastadas entre las que se dan en América Latina, Gran Bretaña y los Estados Unidos.

4. Desde luego, hay una literatura considerable en los Estados Unidos sobre pobreza urbana, pero ésta se ha preocupado principalmente por las limitaciones ya sean de tipo estructural o por aquellas de tipo cultural a las que se enfrentan los pobres (Lewis, 1966; Moynihan, 1965; Piven and Cloward, 1971). Cuando la atención se da en cómo los pobres enfrentan las transformaciones de su medio ambiente, el enfoque, como Jelin (1984) señala comparando estudios latinoamericanos, es sobre individuos y redes sociales, más que sobre estrategias familiares.

La naturaleza de las estrategias de sobrevivencia

Analizar el tema sobre las estrategias de sobrevivencia es una manera de entender el cambio social, como alternativa a los estudios generados a partir de explicar las tensiones estructurales como determinantes de la conducta. El interés en el análisis de las estrategias es resultado, en parte, de un desencanto analítico provocado por explicaciones que se basan en imperativos estructurales asociados con procesos tales como modernización económica o acumulación de capital, que ven los patrones de conducta y organización entre grupos subordinados relativamente uniformes, con ciertas variaciones atribuidas principalmente a la magnitud y extensión del tipo de cambio social. Atribuir a la gente la capacidad de tener estrategias, ya sea como individuos, como familias, o como grupos de interés, es señalar que a pesar de la importancia de los aspectos estructurales, las decisiones para modificar ciertas condiciones sociales son posibles. La práctica de tomar decisiones puede dar, así, resultados alternativos.⁵

El concepto de estrategia familiar tiene una intención similar, pero necesita ser usada con cuidado. El uso desmesurado en la literatura latinoamericana del término estrategia de sobrevivencia

5. Mann (1987), por ejemplo, usa el concepto de "Estrategias de la clase gobernante" para argumentar contra la noción que considera que la ciudadanía debe seguir necesariamente una evolución pre-determinada: las clases gobernantes en Gran Bretaña, Francia y Alemania definieron la práctica de la ciudadanía de diferente manera para resolver el dilema de cómo hacer para que las clases subordinadas se integraran dentro de la nación, al mismo tiempo que retenían el control y su cuota de privilegios (*lion's share*).

para describir la forma en que los pobres delimitan las áreas rurales y urbanas donde habitan, puede crear la ilusión de que los pobres deciden efectivamente sobre tales cuestiones. Hay, así, un "mito de las estrategias de sobrevivencia" (Haguette, 1982), que es poco menos que un eufemismo de la pobreza agobiante, en que la sobrevivencia depende más de la venta de fuerza de trabajo barata, individual o familiar, y bajo cualquier tipo de condiciones ofrecidas.

De modo contrario, establecer una definición rígida sobre estrategia tiene sus propios riesgos, particularmente para el análisis comparativo. Mientras una definición puede ser útil en el contexto británico o de los Estados Unidos, por ejemplo confinar el término de estrategia familiar a aquellas prácticas que involucran una planeación de mediano a largo plazo, como decidir el tamaño óptimo de la familia, comprar una casa o planear la jubilación, sería menos útil en un medio ambiente urbano inestable y, en términos de ocupación, menos predecible en los países en vías de desarrollo. En tales contextos, aún hablando de decisiones a corto plazo que involucran a todos los miembros del hogar en las transformaciones de patrones de consumo o de residencia para buscar los mercados de trabajo, pueden generarse situaciones críticas que alteren la estabilidad de la unidad doméstica.

Adquiriríamos mayor flexibilidad analítica si distinguiéramos las estrategias familiares entre aquellas orientadas a la sobrevivencia (para hacer frente a la crisis) y aquellas que logran movilidad social. Ambos tipos se han identificado como parte de las estrategias de los hogares urbanos, que incluyen, en parte, la distinción señalada anteriormente, entre

estrategias de corto y largo plazo y las basadas en la capacidad, o no, de las familias y los jefes de familia de contar con un empleo estable (Schmink, 1979). Las estrategias de sobrevivencia (*coping strategies*) pueden ser definidas como la organización de la familia para obtener algún beneficio a un corto o mediano plazo, mientras que las estrategias de movilidad social involucran decisiones de asignación o distribución, tales como la educación de los niños, la compra de una casa, o el ascenso en el trabajo, decisiones que verán fruto a largo plazo. No siempre es fácil distinguir los dos tipos de estrategias, especialmente entre los pobres. Mientras más formal sea el medio urbano y más estable y reglamentado sea el mercado laboral, será más fácil que las familias se diferencien, ya sea por estrategias de movilidad social a largo plazo o por estrategias de sobrevivencia a corto plazo.

La definición general de estrategia familiar debe ser amplia, y podemos decir que es la serie de actividades llevadas a cabo conscientemente por uno o más miembros de un hogar sobre un determinado periodo de tiempo, y dirigida a asegurar la sobrevivencia de la familia a largo plazo. Aunado a esto, una estrategia familiar implica estudiar diversas acciones alternativas, aunque tales posibilidades puedan diferir considerablemente.⁶ Esta definición excluye las actividades llevadas a cabo para propósitos específicos, o actividades cotidianas, para resolver necesidades agobiantes o aprovechar ciertas oportunidades no previstas ni planeadas.

Las estrategias familiares dependen fundamentalmente, de la forma de organización familiar y

6. Ver la discusión de Crow, (1989), sobre los usos del término estrategia. Para este autor, estrategia responde a la definición de Weber de

racionalidad calculada, y se puede contrastar con otras formas de racionalidad, como la afectiva y la tradicional.

sus normas prevalecientes. De hecho, los conceptos *estrategia de la unidad doméstica* y *estrategia familiar* son usados indistintamente y con mucha frecuencia, pero es necesario distinguirlos. El hogar o la unidad doméstica es la unidad de co-residencia donde sus miembros pueden o no tener un parentesco consanguíneo. Tipos de familia, como la nuclear o la extensa, y las obligaciones asociadas al parentesco son algunas de las principales variables que afectan la capacidad del hogar para ejecutar estrategias. Debido a que los miembros de una unidad doméstica tienen diferentes concepciones del bienestar familiar, las estrategias de la unidad doméstica no logran siempre un consenso entre sus miembros.⁷

Los tipos de estrategias de los hogares urbanos descritos en estudios históricos y contemporáneos son considerablemente similares, y serán revisados en la siguiente sección. El efecto del tiempo y del lugar histórico es como un aspecto fundamental en la combinación particular de estrategias usadas por los hogares, por ejemplo, con familias que hacen un uso local intensivo de sus propios recursos materiales, de trabajo y de los vínculos comunitarios, o con familias que dispersan tales recursos debido a la migración laboral, vista con frecuencia como un primer paso de la reubicación residencial definitiva, como es el caso de la migración rural-urbana (Anderson, 1971; Hareven, 1982; Mingione, 1985).

La mezcla de alternativas se hace más compleja, porque los miembros de una unidad doméstica pueden aceptarlas de manera independiente o a

través de pactos con otros miembros del hogar. Los jefes de familia, sean hombres o mujeres, pueden, por ejemplo, decidir ciertas estrategias sin el consenso de los miembros, o en el mejor de los casos, sólo con el consentimiento, pero no convencido, de algún otro miembro del hogar. El grado de consenso y de equidad en la distribución de las tareas familiares es de hecho una variable más para entender los diferentes tipos de estrategias familiares como, por ejemplo, entre hogares dominados por el hombre, o aquellos que experimentan formas colectivas de asignación de recursos (Jelin, 1984; Redcliff, 1988; Rose & Felder, 1988). Se ha demostrado culturalmente que las familias pobres cuyas formas de distribución se dan a través del control masculino son las más comunes, de lo que se deriva que son las mujeres las que resientan más las reducciones del consumo debido a la crisis económica (Chant, 1985; González de la Rocha, 1986; Vogler, 1990).

Las estrategias familiares y las obligaciones que las rodean se forman por lo que Hareven (1982) denomina la intersección del tiempo individual, el tiempo familiar y el tiempo histórico. Las necesidades y posibilidades del hogar son afectadas por el ciclo de la familia en la medida que ésta se mueve a través de etapas de formación, consolidación y desintegración. En cada etapa el equilibrio entre los dependientes y los asalariados potenciales se altera, como se alteran también las aspiraciones de los miembros de la familia. Como Schmik (1979:223-236) muestra para Brasil, las aspiraciones de una pareja joven cuando decide establecer una familia, y las estrategias que puedan usar, no son las mismas que las que tienen aquellos miembros de otra familia en proceso de desintegración, como cuando los hijos jóvenes deciden irse, o cuando los jefes de familia dejan de ser económicamente activos.

7. N. del T., Basado en esta distinción y advertencia, el uso del término estrategia familiar significa así estrategia de la unidad doméstica, o del hogar.

El tiempo es otro factor que hace diferentes las experiencias de diversas generaciones. Cada generación tiene habitualmente una experiencia específica de opciones externas que reflejan ciclos económicos y cambios en la estructura del empleo. Las normas, además, cambian constantemente como en el caso, por ejemplo, de hogares con mujeres casadas trabajadoras o aquellas con hijos jóvenes que contribuyen al gasto familiar. Debido a que los nuevos empleos se ofrecen principalmente a miembros de cohortes jóvenes que desplazan a los trabajadores viejos, las oportunidades de empleo y las experiencias de trabajo recientes de hijos e hijas difieren generalmente de la de los padres.

La intersección de estos tiempos reflejó los cambios de las aspiraciones y estrategias familiares en Manchester, New Hampshire, en el periodo que abarca de finales del siglo XIX a principios del XX (Hareven, 1982). Los cambios y rupturas que se presentaron entre diferentes momentos son aún más grandes en la ciudad moderna, creando futuras tensiones en el consenso familiar. Puesto que los barrios, por no decir las ciudades, se constituyen de familias y unidades domésticas que se establecen en distintas etapas y que operan en diferentes tiempos históricos, el ciclo familiar es una fuente importante de diferenciación de intereses y estrategias a nivel de la comunidad.

La revisión realizada hasta aquí nos sugiere que existen importantes limitaciones en las estrategias familiares si las vemos como solución, en general, a la pobreza urbana. Entre los pobres las estrategias familiares que predominan son las de corto plazo en ámbitos urbanos informales. Estas estrategias no se basan necesariamente en consensos y pueden depender de una desigual distribución de tareas a su interior. Las estrategias de sobrevivencia son, de hecho, la fuente de diferenciación inter

intra familiar, no como resultado de competir por los escasos recursos, sino por las disparidades en las aspiraciones de los miembros que resultan de las diferentes etapas del ciclo familiar y las discrepancias en las oportunidades de vida de cada uno de los integrantes de la familia.

Tipos de estrategia

El contexto urbano contemporáneo, tanto en los países desarrollados como los que están en vías de desarrollo, requiere combinar distintas estrategias que constituyeron en su momento las fases tempranas de industrialización y urbanización. Adicionalmente, las tendencias demográficas del periodo contemporáneo de reestructuración urbana impone un límite global a las estrategias familiares.

La combinación de estrategias familiares registradas en la literatura pueden reducirse a cuatro tipos (González de la Rocha, 1988; Mingiones, 1987): a) reducir los gastos familiares para disminuir el consumo o desplazar a los miembros no-productivos; b) intensificar la explotación de los recursos internos del hogar por medio del auto-abastecimiento y la ayuda recíproca entre parientes y amigos; c) adoptar estrategias orientadas al mercado, que en el contexto urbano son usualmente estrategias dirigidas hacia el mercado laboral; y d) buscar ayuda de agentes externos, como el estado, sea como derecho ciudadano o como tipo de retribución a algún apoyo político dado.

Intensificar la explotación de los recursos internos y reducir el consumo disminuye la dependencia externa, pero tal estrategia se limita a recursos de tipo laboral, a recursos materiales disponibles del hogar y a la libertad que ésta tenga para readecuarlos. Las estrategias dirigidas al mercado, al estado, o a otras agencias externas poderosas

son menos limitadas en cuanto se refiera al monto de los recursos que puedan obtener, pero generalmente incrementan la dependencia externa y pueden limitar la flexibilidad estratégica de las familias en el futuro. Reducir gastos en el consumo es una estrategia de sobrevivencia comúnmente usada por las familias, pero lo más probable es que se convierta en una estrategia preponderante cuando las familias cuentan con poco margen de acción ante las enormes necesidades básicas que padecen. En México, donde 60% o más del gasto de las familias pobres es destinado a la alimentación, participar en el mercado laboral es el medio principal para enfrentar la crisis (González de la Rocha, en prensa). En Inglaterra, en contraste, miembros de hogares urbanos reducen los gastos suntuosos, y no es el mercado de trabajo el principal recurso en tiempos de crisis.⁸ La reducción del consumo afecta desigualmente a los miembros del hogar, que particularmente, como anotamos más arriba, recae sobre las mujeres. La reducción del gasto en los hogares pobres implica normalmente un trabajo mayor para las mujeres y niños, que gastan más tiempo buscando mejores opciones de compra o en la preparación de los alimentos en vez de comprarlos aunque sean parcialmente preparados.

Estas tendencias son parte del segundo tipo de estrategia: la del autoaprovisionamiento. Muy usada por la práctica familiar, incluye el procesamiento

o producción doméstica de alimentos, la hechura de ropa, llevar a cabo reparaciones hasta la autoconstrucción de viviendas.⁹ En las economías urbanas, sin embargo, el tercer tipo de estrategias —aquellas orientadas al mercado— es probablemente, el más importante para generar recursos adicionales que las del autoaprovisionamiento.¹⁰ Para los hogares pobres, estas estrategias significan, en esencia, maximizar las posibilidades del mercado laboral con la incorporación de los miembros del hogar al trabajo que esté disponible —es el principal recurso económico que poseen las familias urbanas pobres—, encontrando, así, mejores empleos remunerados, ubicando más miembros de la familia en el mercado laboral o, aunque menos significativo, aumentando la producción familiar orientada al mercado. Un estudio sobre hogares pobres en la ciudad brasileña La Fortaleza, caracterizada por tener una gran economía informal, encontró, por ejemplo, que 93.7% del ingreso familiar se generó por medio de trabajo asalariado (Haguette, 1982).

El Estado y las organizaciones no gubernamentales son vistas generalmente como fuentes de recursos para los hogares pobres, sujetos a sus estrategias, ya sean individuales o colectivas.

La urbanización y la industrialización originaron que los hogares urbanos aumentaran las estrategias externas de sobrevivencia debido al desgaste

8. Estos resultados, y otros que serán citados posteriormente, fueron tomados de análisis preliminares de investigadores que participaron en el programa de investigación *Economic Change and Social Life* del *British Economic and Social Research Council*. El estudio se publicará en una serie de volúmenes por la *Oxford University Press*. Para mayor información puede obtenerse del coordinador, Duncan Gallie, del Nuffield College, Oxford.

9. Estas estrategias son muy comunes en Europa, los Estados Unidos y

América Latina, e incluye un proceso de movilidad social para balancear el ingreso disponible, la necesidad de espacio y la proximidad a los centros de trabajo (Schmink, 1979; 249-279). Aún la autoconstrucción de vivienda, una estrategia que consume mucho tiempo y recursos, es casi tan recurrente en países muy industrializados, por ejemplo Alemania, como en América Latina (Gatzert and Berger, 1988:517).

10. Warman (1985) analizó los cambios de estrategias de subsistencia de los campesinos mayas, y argumenta que las estrategias de auto-

de la economía familiar auto-suficiente en áreas rurales y urbanas. A pesar de la continua importancia de la reciprocidad y el auto-aprovisionamiento, una parte relativamente pequeña de las necesidades de la familia urbana pueden, en el presente periodo, resolverse por medio de estos recursos o a través de la cooperación entre parientes o vecinos. Los lazos de parentesco, por ejemplo, que sirven aún para reducir la dependencia externa, por la ayuda mutua y el intercambio de bienes, se usan principalmente en los contextos urbanos modernos para proporcionar información y mayor acceso a las oportunidades externas.¹¹

Estos cambios se deben al tipo de bienes y servicios que en la ciudad moderna se requieren para subsistir, aunque estos rangos varíen de una región a otra. Todavía en tiempos de crisis, los miembros de una unidad doméstica de manera individual pueden dar preferencia a sus propios niveles de consumo, tanto como a la misma preservación y continuidad de la familia. Más aun, muchas de las necesidades de la vida urbana moderna, que con frecuencia son subsanadas por las regulaciones gubernamentales, como agua potable, drenaje, transporte y alimentación, no pueden proporcionarse por recursos propios de los hogares. Aunque la cooperación entre vecinos y parientes para asegurarse tales bienes y servicios pueda ser un medio efectivo, estas estrategias dependen, también, de la cooperación de agencias de asistencia.

Tilly y Scott (1978:212) señalan que el ser madre se ha convertido en una carrera (profesional) especializada, en tanto que éstas aprenden a relacionarse con las escuelas de sus hijos y otras agencias burocráticas que tramitan servicios públicos, o la adquisición de todo tipo de bienes —zapatos, ropa, comida, aparatos domésticos—, que son necesidades del mundo urbano moderno. El ámbito privado de la familia es invadido ampliamente por el mundo público, tanto por el mercado como por la regulación estatal (Jelin, 1984, p.14). Las actividades fomentadas por el auto-aprovisionamiento y la reciprocidad dependen frecuentemente de los bienes y servicios que se originan externamente.¹²

Todavía es una pregunta abierta a la discusión el asunto de si efectivamente la actual reestructuración modifica el equilibrio de las estrategias hacia un mayor peso de la dependencia externa, que incluye procesos conflictivos y situaciones específicas que afectan la integridad de la comunidad local urbana. En algunos casos, reestructuración significa rompimiento de comunidades establecidas, debilitando la auto-suficiencia familiar con respecto al mercado o al estado. En otros casos, cuando el mercado se estanca y el estado reduce el gasto público, esto hace que las familias y las comunidades busquen sus propios recursos. En el mejor de los casos, sin embargo, reestructuración es sólo un alto de la tendencia secular hacia la dependencia. Los hogares urbanos modernos sólo

aprovisionamiento ya no son usadas tan frecuentemente, a pesar de la larga tradición de las familias de confeccionar su propia ropa, hacer sus propios zapatos, etcétera. El tiempo de las mujeres ahora se ocupa en trabajar fuera de casa o haciendo hamacas para la industria turística. En las economías socialistas, además, las estrategias del mercado —a través de la economía informal— aparecen como el principal medio para las familias de mejorar el control que tienen sobre su medio, mucho más que el auto-

aprovisionamiento o la búsqueda de mayor asistencia estatal (Stark, 1989).

11. Los estudios de familias urbanas muestran consistentemente que el intercambio de ayuda material entre parientes o amigos es mucho menos frecuente que el intercambio de información para obtener un empleo, etcétera.

12. El auto-aprovisionamiento de la familia urbana contemporánea usa equipo sofisticado, ya sea para el procesamiento de ali-

tienen, sugiero, una limitada capacidad de control sobre su medio ambiente a través del uso de diversas estrategias. La razón principal de la declinación del significado de la familia como elemento fundamental para enfrentar los retos de la vida urbana es el cambio en la composición familiar. Esta es una investigación que hay que realizar tanto en países desarrollados como en vías de desarrollo, por lo que mis comentarios son necesariamente tentativos. Los cambios en las normas y en las circunstancias económicas hacen que las familias, tanto nucleares como extensas, sean una base cada vez menos común para encarar las situaciones presentes, debilitando las relaciones externas del hogar. La decisión de establecer una nueva familia o seguir siendo parte de un hogar extenso fue, en el pasado europeo, la estrategia primordial para encarar la crisis. Dar a la gente la opción de esta decisión, como resultado de la expansión económica y la proletarización, fue un factor importante en el tiempo y un patrón de la expansión poblacional en la Europa occidental (Levine, 1977; Wrigley, 1983).

La subsecuente transición demográfica en países en desarrollo y, más sutilmente, en países desarrollados dio como resultado una serie de estrategias familiares basadas en las cambiantes condiciones del mercado urbano y laboral, usada tanto por las clases medias como por las trabajadoras, para mejorar la calidad de vida, por la vía de planificar menos hijos (Alba & Potter, 1982; Seccombe, 1990). Tales estrategias se basaron tanto en la familia nuclear como en la unidad doméstica normal, haciendo uso de redes amplias de parentesco como

amortiguador cuando los recursos propios del hogar eran insuficientes para subsistir.

Hoy en día la familia nuclear ya no es la norma. Entre los pobres, la proporción de familias constituidas por una sola persona y de familias con padres solteros (*single-parents*) se ha incrementado rápidamente en las ciudades del mundo en desarrollo así como del mundo desarrollado, aunque, como veremos, el paso de esta transformación es diferente según el contexto. Algunas explicaciones son el control demográfico, la disminución de matrimonios, y el aumento en la longevidad, particularmente entre mujeres, de lo que resulta un número mayor de familias de personas solas en la etapa de la vejez.

Los cambios socio-económicos asociados a la ciudad moderna son también significativos: la creciente facilidad de los individuos, en particular de las mujeres adultas, de vivir solas o con sus hijos; por el aumento de oportunidades de trabajo para mujeres, por la disponibilidad de asistencia pública; por la falta de motivación para vivir con hombres desempleados o que cuenten con un empleo temporal; por la situación de mayor tolerancia pública hacia las madres solteras, y por el impacto de los medios de comunicación al promover el ideal de la familia pequeña que va acompañada de una mejor calidad de vida y de consumo. Si a estos factores se añade el impacto de la migración y el debilitamiento de los lazos de parentesco en las familias pequeñas, la implicación general para las estrategias familiares es que una mayor proporción de las familias está socialmente más aislada ahora que antes.

Hay tendencias compensatorias, como las de las familias que pueden incluir a parientes o no-pa-

mentos, la decoración del hogar, u otras actividades de "hágalo-usted-mismo" Gershuny (1988) retoma esta práctica para argumentar que el desarrollo tecnológico capacita a las familias en la

auto-provisión de una manera innovadora, creando así una demanda de productos manufacturados, que reducen el tiempo de trabajo doméstico no pagado.

rientes como miembros del hogar para contribuir con los gastos. Alternativamente, los miembros de una unidad doméstica pueden ser separados de ésta para disminuir costos. La primera aparece como la más común para hacer frente a la crisis, y tiene una larga historia indistinta según el país de que se trate. El aumento del número de niños abandonados en Brasil indica, sin embargo, que la última tendencia es aún una posibilidad.

Estas estrategias disponibles en los hogares pobres dependen de la importancia de la comunidad local. Aunque esto es particularmente cierto en actividades de auto-aprovisionamiento y reciprocidad, también puede aplicarse para los mercados de trabajo. Para la economía informal, las redes de información son generalmente factores claves para obtener algún trabajo, principalmente cuando se está desempleado. En la economía informal, que es un mercado de trabajo local, las relaciones comunitarias son esenciales para contar con oportunidades de empleo, sea como trabajadores temporales en la construcción, empleados en talleres clandestinos, o aceptando trabajos en casa para la industria del vestido.

La cuestión de la ciudadanía

Las categorías de las estrategias discutidas en líneas anteriores existen potencialmente para hogares urbanos. Lo que hace que unas predominen sobre otras o si algunas son más efectivas que otras depende de una serie de factores específicos, entre los que están las concepciones prevalecientes de ciudadanía. Siguiendo la distinción elaborada por

T.H. Marshall (1965), de derechos civiles, políticos y sociales, la esfera de la familia en el mundo urbano contemporáneo es prácticamente la de los derechos sociales.¹³ Los derechos ciudadanos a niveles básicos de subsistencia son: la salud, el cuidado y educación de los niños —los principales derechos al bienestar social—, frecuentemente garantizados y administrados por el estado usando a la familia como unidad de gestión. Turner (1990:209) señala que una importante variación en las concepciones de ciudadanía es si la relación y el cuidado familiar son vistos como asuntos, en esencia, privados que deben ser resueltos dentro de la familia, o deben ser apropiados a través de la actividad y organización política.

La frontera entre las definiciones privadas y públicas de la moral es cambiante, depende de la ideología dominante, y está sujeta a los cambios producidos por la acción política. El gran logro del estado benefactor en Gran Bretaña y en los países escandinavos fue resultado de la fuerza política de las clases que más necesitaban de la salud pública. Contrariamente, la reestructuración política y económica implicó con frecuencia redefinir como privado lo que previamente era considerado como público, por ejemplo, cuando el gobierno británico conservador de los ochenta enfatizó la *capacidad de la comunidad de atenderse a sí misma* utilizándola como sustituto del aprovisionamiento por medio de la asistencia pública.

Las familias ejercen diversos grados de control sobre sus derechos sociales. La democracia representa un ámbito favorable para ganar y controlar una serie de derechos asistenciales —a la subsis-

13. Los derechos civiles y políticos son, en contraste, principalmente derechos individuales, y su ejercicio, sea en términos de los derechos de las mujeres, niños, o de asalariados individua-

les, están menos determinados por consideraciones familiares y pueden, a veces, contraponerse a la integridad de la unidad familiar.

tencia mínima familiar, a la educación universal y a la salud—, pero además, la centralización política combinada con bajos niveles de participación política puede dar como resultado una situación donde los derechos sean definidos desde arriba y sus beneficiarios tengan poco que decir sobre su administración.¹⁴ La administración burocrática de bienes básicos como la vivienda o pagos de beneficencia por desempleo, promueve en el mejor de los casos una aceptación pasiva del conocimiento técnico que muestran tener aquellos en el cargo, o en el peor de los casos una creciente hostilidad de tipo personal, que difícilmente fomenta la cooperación inter-familiar que asegure el bienestar general. Los beneficiarios pueden verse a sí mismos y ser vistos por otros como dependientes del estado, quienes reciben sólo “limosnas” a través de procedimientos burocráticos establecidos.

A diferencia de esta centralización, está el surgimiento de un número creciente de subgrupos que se ubican fuera de la previsión del estado (Balbo, 1987). Una amplia variedad de redes informales y asociaciones voluntarias surgen para atender estas necesidades al proporcionar servicios de asistencia o foros de ayuda mutua y de auto-expresión (*self-expression*). La familia y sus miembros, particularmente las mujeres, son los elementos clave sostén de estas actividades.

Las estrategias familiares son afectadas de manera decisiva por dos principales dimensiones de la

ciudadanía contemporánea: a) el grado de autonomía que los individuos sienten ejercer sobre su entorno, y b) la definición de lo que debiera ser materia de los asuntos públicos y que, sin embargo, se deja a iniciativa individual. Al combinar estas dimensiones se generan cuatro formas posibles en que la concepción prevaleciente de ciudadanía, en un tiempo y lugar dados, orienta el tipo de estrategia de los hogares pobres (Tabla 1). Estos resultados y las estrategias asociadas con ellos representarán diferentes fases de una estrategia familiar global, cuando la gente explore diferentes medios de generación de recursos que ellos quieran para sí mismos y para su familia, o alternativamente, abandonar tal esfuerzo. Con el tiempo y los cambios en las oportunidades potenciales, esta actividad familiar puede ir modificando la concepción prevaleciente de ciudadanía.¹⁵

El primer tipo se da cuando las familias sienten que pueden ejercitar algún control sobre su futuro y buscan mejorar el bienestar familiar a través de participar voluntariamente en una organización social para mejorar la vivienda, la educación y otras necesidades urbanas. Este tipo corresponde a una concepción participativa de ciudadanía en la cual la asistencia social al mismo tiempo que es definida como responsabilidad estatal es además dirigida y controlada por sus beneficiarios localmente. En el segundo tipo, también, las familias tienen la capacidad de planear exitosamente su bienestar,

14. Turner (1990) tipifica a la Gran Bretaña en la categoría de “derechos desde arriba”, por la forma en que las élites manipulan gradualmente los derechos políticos y sociales, contrastando esta dimensión con Francia y los Estados Unidos donde la lucha popular jugó un papel importante para definir históricamente los derechos ciudadanos.

15. Esta tipología es esencialmente la misma que la de Turner (1990), es decir, de la relación autonomía/dependencia que corresponde a si

la fuente de derechos viene de arriba o de abajo. Mi enfoque, sin embargo, sobre las estrategias familiares contemporáneas tiene una perspectiva diferente a la tipología “arriba/abajo” de Turner que corresponde a los orígenes históricos (controlados por las élites o ganados por la lucha popular) de los derechos. El uso que yo doy a la relación autonomía/dependencia se refiere más bien a si la gente puede o no promover sus derechos a través de actividades voluntarias de diverso tipo.

Tabla 1. **Tipos de ciudadanía social**

	Autónoma	Dependiente
	I	III
Esfera pública	Movimientos Sociales que reivindican vivienda asistencia social, educación.	Clientelismo o paternalismo por las burocracias de asistencia social
	II	IV
Esfera privada	Estrategias individuales de movilidad social	Aislamiento social

pero las estrategias son privatizadoras, se orientan más a conseguir el bienestar a través de la movilidad social individual que de la extensión y mejoramiento de la provisión estatal. La correspondencia aquí es con la concepción participativa de ciudadanía en que la gente participa políticamente para salvaguardar sus derechos civiles y sus intereses económicos, pero donde el bienestar de los miembros de la familia es visto como responsabilidad familiar de carácter privado.

El tercer y cuarto tipos se caracterizan por tener bajos niveles de iniciativa familiar, y corresponde a las formas no participativas de ciudadanía. El tercer tipo es cuando las familias hacen uso del Estado, y están frecuentemente en contacto con éste y otras agencias externas, pero advierten que ellos por sí mismos pueden ejercer poco control sobre los términos de la relación. El concepto de ciudadanía es paternalista, reconoce los derechos asistenciales, pero desde arriba. El cuarto tipo —donde las familias se sienten social y políticamente aisladas y la sobrevivencia sólo se da por sus propios medios—, corresponde, en su manifestación más extrema, a una negación de la ciudadanía. Está más relacionada a la situación de marginalidad política y social.

Esta tipología muestra alguna correspondencia con la práctica y concepción de ciudadanía de nuestros tres casos nacionales. Turner (1990), establece una diferencia entre los Estados Unidos y Gran Bretaña en términos de encontrar en el primero mayor énfasis sobre las soluciones privadas al bienestar, y en el segundo, una política más centralizada. Así, mientras que Estados Unidos se ajusta en general dentro del cuadrante II de autonomía pero en la esfera privada de ciudadanía, la Gran Bretaña difícilmente empalma en los cuadrantes de dependencia y autonomía por su alto grado de centralización política. En los países más subdesarrollados, la ciudadanía no está bien establecida en ninguna de sus manifestaciones. En el caso de América Latina, la concepción de ciudadanía, aunque está usualmente implícita en las constituciones políticas, permanece —usando el término de Mann (1987:344) para la situación de Francia en el siglo XIX—, *encarnizadamente* en disputa. Los derechos políticos suelen ser despojados o subvertidos, los derechos civiles son con frecuencia ignorados, y los derechos sociales se encuentran atados al empleo formal. Aún más, la lucha reiterada por los derechos y la sobrevivencia de ciertas formas democráticas de gobierno indican que los países

de América Latina revelan elementos importantes de autonomía ciudadana.

Una razón importante que muestra lo inexacto de ajustar una tipología a nivel nacional es que ciudadanía tiene diferentes significados para diferentes subgrupos de la población. Las desventajas sociales y económicas de los pobres significa que raramente ellos disfrutaban de los derechos ciudadanos disponibles en su país, y su exclusión puede conducir al aislamiento. Una consecuencia notoria es que los pobres pueden estar relativamente más marginados en los Estados Unidos o en Gran Bretaña donde los derechos ciudadanos están firmemente establecidos que en América Latina donde no lo están.

Familia y reestructuración

La reestructuración tuvo un efecto común sobre los hogares urbanos, por las consecuencias en la distribución del ingreso familiar. En países, tanto desarrollados como en vías de desarrollo, los años "dorados" del boom económico con índices de crecimiento relativamente rápidos entre los cincuenta y los setenta, fueron reemplazados subsecuentemente por índices de crecimiento mucho más lentos. Aunque estos índices permitieron recientemente un aumento en el ingreso per cápita, este incremento fue pequeño comparado a décadas previas, y distribuido desigualmente.

En los Estados Unidos, el ingreso familiar estuvo más concentrado en 1988 que en 1967, con los cuatro últimos deciles sumando 15.1% del ingreso en 1967, y 13.4% en 1988, y los dos deciles más altos sumando el 42.7% en 1967 y 46.3% en 1988 (U.S. Bureau of the Census, 1990b, Table 2). Una mayor concentración del ingreso ocurrió también en Gran Bretaña, donde aumentó los ingresos del

20% de las familias más altas en un 6% entre 1970 y 1985, mientras disminuía 9% en el 20% de los hogares de los deciles más bajos (Mellor, 1989). La muestra para América Latina indica un aumento en la concentración del ingreso entre 1960 y 1975, reflejando la rápida urbanización de estos años, con el decil más alto concentrando 46.6% del ingreso total en 1960, y 47.3% en 1975. Los cuatro deciles de hogares más bajos recibieron 8.7% del ingreso en 1960 y 7.7% en 1975 (Portes, 1985, Table 3). Datos sobre México, sin embargo, muestran un descenso en la concentración del ingreso entre 1977 y 1984, con los cuatro deciles más bajos sumando 11.2% en 1977 y 12.4% en 1984, mientras que los dos deciles más altos redujeron su participación de 53.7% en 1977 a 51.9% en 1984 (Cortés & Rubalcava, 1990, Cuadro A1.2).

Altos niveles de concentración del ingreso y un índice de crecimiento lento en el ingreso per cápita significan que las familias más pobres, y muchas de ingresos medios, se encuentran con una creciente dificultad para alcanzar sus objetivos de bienestar. El ingreso de un asalariado es cada vez más insuficiente para mantener a una familia urbana en un nivel adecuado de subsistencia, y hace imperativo para las familias colocar a más de un miembro en el mercado laboral. La pequeña reducción en la desigualdad del ingreso familiar en México, por ejemplo, se refiere más bien al aumento en la participación de las hogares pobres en el mercado laboral.

En los Estados Unidos la "sanción" para los hogares con sólo un asalariado aumentó entre 1967 y 1988 con la disminución del ingreso real del trabajador en 4%. En contraste, la ventaja de una familia con dos asalariados aumentó al ganar esas familias 20% más en 1988 que en 1967 (U.S. Bureau of the Census, 1990b, Table 17). Aunque

esta tendencia debe tomarse sólo en cuenta parcialmente debido al aumento en el porcentaje de hogares con jefes de familia mujeres y un sólo asalariado, esto es en sí mismo, como veremos, parte del problema de las estrategias de sobrevivencia familiar entre los pobres en los Estados Unidos.

El periodo de reestructuración coincide cuando las estrategias de movilidad social son menos efectivas entre un amplio estrato de hogares urbanos, así como menos consideradas por las familias como opción posible. La reestructuración enfatiza las estrategias de sobrevivencia, y este es uno de los mayores contrastes con respecto a la última mitad de los setenta cuando los cambios estructurales en las economías urbanas, tanto en países desarrollados como subdesarrollados, permitieron una considerable movilidad ocupacional. "Ascensos" en los puestos fueron reportados en estos años para los Estados Unidos (Wright & Martin, 1987), Gran Bretaña (Mills & Payne, 1989) y también para América Latina (Cepal, 1989). Estos ascensos, aunque dejan todavía lo sustancial de la pobreza sin atender, sí trajo niveles más altos de ingreso para las familias. Se estimuló también el consumo, particularmente de bienes que proporcionan comodidad y confort a las familias, tales como viviendas nuevas, aparatos electrodomésticos y equipos para la recreación y el esparcimiento.

Las estrategias de sobrevivencia contemporáneas, aún entre los más pobres, incluyen generalmente el intento de mantener al menos los niveles anteriores de consumo.¹⁶ Aunque la reestructuración hace más difícil para los hogares pobres obtener lo suficiente para alimentarse y asegurar que

haya un nivel de bienestar adecuado para sus miembros, al mismo tiempo cuestiona los estilos de vida y el tipo de economía de consumo que fueron desarrollados en los setenta entre los más pobres. Más aún, las dificultades que el pobre enfrenta en el medio urbano se intensificaron por la reducción del valor real de la asistencia pública que acompañó la reestructuración, ya fuera por la transferencia de pagos o por el deterioro de la calidad de los servicios sociales.

Aparte del impacto general sobre el ingreso familiar, hay, así lo sugiero, tres aspectos de la reestructuración que plantean retos específicos para los hogares pobres, pero con diferentes implicaciones en diversos contextos nacionales. El primero es la reorganización espacial, como por ejemplo la disminución de la producción manufacturera en las principales ciudades, así como el incremento de actividades de servicios y zonas de oficinas, que con reiteración se reubican en la periferia de la ciudad o en ciudades pequeñas de otras regiones del país (Noyelle & Stanback, 1984; Robson, 1988, pp. 1-16). Esta reorganización no supone automáticamente la decadencia de la ciudad interior, puesto que puede reutilizarse como centro financiero, para oficinas centrales de grandes corporaciones, como zonas de entretenimiento y *gentrificación*, destinado a sectores de altos ingresos. Algunos estudios en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos sugieren, sin embargo, que puede haber cierta "tugurización" de la ciudad central, aumento en la polarización del ingreso entre los empleos de alta remuneración, en los centros financieros, de servicios y en las oficinas matriz de las corporaciones

16. Lourdes Benaria (1989) dice que entre las familias muy pobres de la ciudad de México —aquellas que ella ubica como viviendo en extrema pobreza—, el 85% tenían una televisión, 55% un refrigerador,

65% una estufa grande, 40% una lavadora y 45% una máquina de coser. La autora resalta que la crisis ha hecho inútiles estos aparatos por falta de mantenimiento y reparación.

empresariales cuyos empleados y directivos residen en los suburbios, y aquellos empleos en servicios de baja remuneración, los *sweat-shops* o los desempleados (Robson, 1988, pp. 25-31; Sasses, 1988). La refuncionalización puede romper también los barrios antiguamente establecidos, de bajos ingresos, por la introducción de nuevas avenidas, sistemas de vías rápidas, departamentos de lujo y grandes edificios de oficinas (Soja, 1986).

Estos procesos de decadencia urbana y refuncionalización (redesarrollo) son, habría que recordar, prácticas antiguas y no resultado peculiar de la reestructuración. El impacto de la reestructuración proviene de combinar el redesarrollo espacial con los cambios en la estructura urbana ocupacional. Áreas de la ciudad central no sujetas a la refuncionalización elitista (*gentrification*) que son usadas por familias de bajos recursos se convierten social y económicamente en áreas más aisladas de lo que están hasta ahora, con una caída drástica en el número de oportunidades de empleo local para el cual los residentes están calificados y que ofrecen un salario mínimo. Un efecto similar, reportado en la Gran Bretaña y los Estados Unidos, es la concentración de la pobreza urbana en regiones particulares y áreas determinadas de la ciudad, debido a que los empleos tienen mayor movilidad en relación con la que pueden tener los pobres urbanos (Massey & Eggers, 1990; Robson, 1988).

La segunda implicación de la reestructuración, para las estrategias de sobrevivencia de los pobres urbanos, es su asociación con el aumento de la actividad económica que no constituye el promedio del empleo estable de tiempo completo (A. Marshall, 1987; Roberts, 1989; Standing, 1988). La población económicamente activa incluye un gran número de trabajadores de tiempo parcial, de trabajo temporal no protegido por la legislación labo-

ral y por desempleados. La creciente importancia de formas no estandarizadas de trabajo se basa en el cambio tecnológico y la interdependencia de la economía mundial, los cuales crean incentivos para las empresas que usan condiciones de trabajo más flexibles (Portes & Sassen-Koob, 1987; Robson, 1988, pp. 70-74). Las consecuencias del aumento de estas formas no estandarizadas de empleo para las familias es de dos tipos: en la primera, hay una oferta de un gran número de empleos que ofrece un ingreso suplementario al salario que no es suficiente para mantener a una familia; en la segunda, esto significó un aumento sustancial en los países, tanto desarrollados como en vías de desarrollo, de la participación de las mujeres en el mercado laboral, incluyendo a mujeres casadas con hijos pequeños (García & Oliveira, en prensa).

Si lo anterior se combina con la relativa declinación del valor real del salario único referido, supone un aumento de las familias con dos o más asalariados. Evitar la pobreza depende de contar con dos cabezas de familia en empleos remunerados. Este cambio en la relación de los hogares urbanos con respecto al mercado laboral, coordinado con los altos niveles de desempleo abierto, refuerza el aislamiento social y económico. Los hogares pobres necesitan de manera creciente múltiples fuentes de trabajo para sus miembros. Esto es una de las dinámicas que se esconde tras el incremento en el número de pequeños empresarios, a través del auto-empleo y de las micro-empresas, y de otras formas de empleo temporal, sin protección legal, en países tanto desarrollados como en vías de desarrollo. Ambos tipos de oportunidades de ingreso han sido caracterizados frecuentemente como el aumento de la economía informal (Portes & Sassen-Koob, 1987).

Aunque tales tendencias fueron reportadas en ciudades de América Latina, Gran Bretaña y los Es-

tados Unidos, estas tendencias se identifican con los pobres urbanos de estos países en forma diferente. En la siguiente sección desarrollo esta argumentación, pero, para anticipar, la crisis que enfrentan los pobres en América Latina es la reducción en las oportunidades del empleo formal en las medianas y grandes empresas, incluyendo a las agencias estatales, en un contexto en el cual este empleo formal fue el principal medio de acceso a la asistencia pública. Los índices de desempleo urbano aumentaron considerablemente en América Latina en los años de la crisis de la década de los ochenta hasta alcanzar un promedio regional de 8.9% en 1985, pero bajó a 6.6% en 1987, siendo particularmente severo entre la población joven con mayor educación (International Labour Office, 1989:28). Con la ausencia de asistencia pública, como el pago de ayuda al desempleo y la asistencia a los hogares que están por debajo del nivel de pobreza, los pobres, como veremos adelante, deben recurrir a una variedad de oportunidades de ingreso informal si quieren sobrevivir.

En el Reino Unido el desempleo llegó a 11.9% en 1986, más alto que en América Latina, con alta concentración regional, particularmente entre los jóvenes y en los centros en decadencia de las ciudades industriales del Norte y en Escocia. El estado benefactor —a través del seguro al desempleo y la subvención a familias—, es la fuente principal de subsistencia para aquellos marginados del mercado de trabajo formal. La crisis para las familias pobres es la crisis del estado de bienestar, debido a la reducción de beneficios y equipamiento social, lo que hace suponer que el aislamiento social se incrementó entre los muy pobres, así como la segregación de otros estratos de la clase trabajadora. Las oportunidades para las pequeñas empresas y el empleo temporal se incrementaron en la Gran Bre-

taña en años recientes. Pero como en otras partes de Europa, los altos índices de sindicalización y regulación gubernamental a través de los salarios mínimos y legislaciones sobre seguridad social hacen que las oportunidades del trabajo informal sean poco vistos como una fuente de subsistencia alternativa que en América Latina o aún en los Estados Unidos (Abrahamson, 1988; Pahl, 1984; Roberts, 1989).

El reto que enfrentan las familias urbanas pobres en los Estados Unidos es principalmente la falta de un empleo adecuado —la combinación de desempleo y bajos ingresos—, agravado por la segregación espacial y étnica de los pobres en los tugurios de la ciudad central. El estancamiento de la asistencia pública en años recientes, la paralización de la infraestructura pública, y el aumento en las oportunidades de ingreso formal son también factores que afectan las estrategias de sobrevivencia de los pobres. Estos factores no son tan significativos como la caída en las oportunidades de empleo porque el bienestar social ha estado siempre limitado en los Estados Unidos, y las oportunidades que generan ingresos a partir de actividades empresariales realmente no están, como veremos adelante, disponibles para los grandes grupos de la población pobre.

Las estrategias en un análisis comparativo

En esta sección analizo la compleja relación entre el contexto urbano, incluyendo los conceptos prevalentes de ciudadanía, y las estrategias familiares; buscando los tipos predominantes de estrategia que pueden observarse durante la reestructuración en las tres áreas geográficas explicadas anteriormente: América Latina, Gran Bretaña y los Estados Unidos. En cada caso haré una breve reseña de la situación

antes de la reestructuración, de tal manera que esto nos ayude a distinguir aquellas tendencias resultado de la reestructuración, de aquellas que son parte del patrón específico del desarrollo urbano en cada área.

El caso de América Latina

La familias urbanas pobres en América Latina fueron ampliamente caracterizadas por su dinamismo, al hacer uso de estrategias económicas y políticas (Nelson, 1979; Schmink, 1984) y las estrategias familiares fueron una compañía necesaria de la rápida urbanización de la región. La caída en las oportunidades económicas y de la infraestructura social hicieron a éstas insuficientes para enfrentar las necesidades de la creciente población urbana, sea originaria o inmigrante, lo que significó que las familias tuvieran que hacer la ciudad, literalmente hablando, al construir sus viviendas, acondicionarlas y buscar, y con frecuencia inventar, otras posibilidades de ingreso. Todo esto fue logrado más eficazmente a través de combinar estratégicamente los recursos familiares con la intensa participación de los miembros de la familia y el uso de otros contactos externos como base para ampliar los ingresos, por ejemplo, construyendo redes de relaciones empezando con los parientes o inmigrantes del mismo pueblo o ciudad, y planeando, algunas veces sobre un periodo de un año o más, invasiones de terrenos para vivienda.

En la última mitad de la década de los setenta, los derechos sociales adquirieron especial importancia para las familias pobres. A nivel general, estos fueron años de movilidad económica que se observó sustancialmente cuando los inmigrantes cambiaron su trabajo cotidiano y su pobreza rural por mejores oportunidades de ingreso en la ciudad. De lo que más carecieron las familias pobres en la ciu-

dad fue de una adecuada infraestructura, de la cual la vivienda fue quizá el componente más importante, aunque escuelas y equipamiento de salud fueron también demandados. La asistencia pública en América Latina fue mínima en la mayoría de los países, y la provisión de seguridad social se vinculó al empleo en sectores claves del trabajo organizado, como el de los empleados públicos, ferrocarrileros y petroleros, recibiendo y obteniendo desde el inicio la mayor parte de los beneficios.

Las familias tuvieron que proporcionarse por sí mismas, y con el esfuerzo de la comunidad, la asistencia social, no fue la provisión estatal el principal recurso. Las estrategias familiares para obtener estos derechos sociales se convirtieron rápidamente en muchos países latinoamericanos en demandas políticas. Los movimientos barriales se volvieron una característica del paisaje urbano latinoamericano en los sesenta y setenta (Castells, 1983). Estos movimientos por derechos sociales fueron generalmente el principal canal de participación política. En contraste, la lucha por demandas económicas fue menos generalizada y a veces excluida de las familias más pobres. Estas demandas fueron reivindicadas por los sindicatos, pero su base social no incluía a muchos sectores de pobres urbanos. Los sindicatos estaban organizados verticalmente, frecuentemente cooptados por los gobiernos, y sólo espasmódicamente se desenvolvían con independencia política. Aún en Chile, antes del golpe de 1973, el movimiento barrial fue tan importante en la política como el movimiento sindical. Pastrana y Threlfall (1974:117-127) describen la forma, por ejemplo, en que las organizaciones vecinales y particularmente las mujeres cooperaron con los sindicatos e influenciaron a los obreros, durante la crisis económica del último año de Salvador Allende, para distribuir bienes en las áreas pobres de la ciudad.

La situación en América Latina previa a la reestructuración podría describirse sólo de una forma: estrategias de sobrevivencia, caracterizada por la preponderancia entre los pobres urbanos, tanto para mejorar la capacidad económica como en términos de asegurar una vivienda y otros aspectos del bienestar urbano. Mientras que las estrategias económicas de las familias difícilmente fueron causa de organización colectiva, ya sea a través de sindicatos o cooperativas de productores, las estrategias que se orientaron a la asistencia social se convirtieron en la base de importantes movimientos sociales aunque de corta vida y descoordinados.

Con la reestructuración aparecieron varias tendencias. Entre los pobres las estrategias económicas de subsistencia se volvieron más importantes. Esta tendencia requirió del consentimiento de los miembros de la familia y generó, por lo tanto, mayores tensiones sobre el consenso. Los hogares necesitaban mayores ingresos, pero el esfuerzo que realizaban para obtenerlo aumentaba considerablemente, al mismo tiempo que empeoraban las condiciones de trabajo. La ausencia de una regulación efectiva y los bajos niveles de subsistencia significan, sin embargo, que el mercado de trabajo puede absorber un número creciente de trabajadores, aunque con niveles de ingreso más bajos. Los hogares que cuentan con un asalariado único, siempre un ideal, más que una realidad para los pobres, se vuelven casos excepcionalmente raros de subsistencia.

Los hogares pobres aumentan sustancialmente el número de sus miembros en el mercado laboral. El tamaño de la familia aumenta cuando los hijos retrasan su salida del hogar o cuando otros parientes o amigos se integran a la unidad doméstica.

Hay datos que indican que una parte importante del ingreso individual se destina a las necesidades del hogar. La proporción de hogares con padres o madres solteras crece, pero el nivel de bienestar se mantiene más bajo que el de los pobres en la Gran Bretaña o los Estados Unidos, por falta de asistencia pública y por los bajos salarios que las mujeres reciben comparados con los de los hombres (García y Oliveira, en prensa; González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990).¹⁷ Varios estudios reportan cómo, por tales medios, los hogares contrarrestaban la caída de su subsistencia (González de la Rocha, 1988, Benaria, 1989; Selby, Murphy y Lorenzen, 1990).

La carga de trabajo en las familias recae especialmente en las jefas de familia quienes frecuentemente tienen que contar con un trabajo asalariado y además llevar a cabo las faenas domésticas del hogar (Chant, 1985; Redcliff, 1968). Fueron las mujeres quienes encabezaron algunos de los movimientos de protesta más significativos de finales de los setenta y durante los ochenta en Buenos Aires, Argentina, organizándose contra el aumento de precios y la austeridad, y en defensa de los derechos humanos (Jelin, 1986). Además, debido a que los miembros de la familia disponen de menos dinero para adquirir sus propios bienes de consumo, las posibilidades de estar en desacuerdo sobre cuáles son las prioridades del gasto familiar aumentan. Debo hacer mención que estas tendencias individualistas son muy importantes para definir el tipo de estrategia económica de carácter colectivo. Los comedores colectivos (Soup kitchens) son un ejemplo de esto, como lo es el resurgimiento de la llamada economía de barrio (Friemann, 1989).

17. Tilly y Scott (1978:121) citan un comentario del París del siglo XIX que ilustra el mismo dilema: "Si hay una opinión ampliamente difundida entre

las clases populares es que una mujer soltera no puede ganarse el sustento por sí misma en París. . . la opción es vivir en privación o casarse".

La importancia creciente de los asuntos económicos en los hogares urbanos refleja de alguna manera una disminución de la importancia de las cuestiones sociales; cuando la prioridad de los pobres se vuelve la alimentación, entonces los miembros de la familia tienen menos tiempo para la organización vecinal. González de la Rocha *et al.*, (1990) señalan que la crisis en México tendió a privatizar las preocupaciones de la familia. Igualmente, la urbanización entró en una fase de consolidación en la que hay menos oportunidades para invadir terrenos y para las faenas de auto-construcción. La renta de casas se ha convertido paulatinamente en la forma predominante de tenencia entre los pobres, aun dentro de los asentamientos irregulares, diferenciándose todavía más los intereses de las familias en el territorio o el barrio.

A partir de que los ingresos de la mayoría de la población trabajadora son bajos, la base principal de diferenciación no es la ocupación ni la residencia, sino la familia. La principal diferencia del ingreso y el consumo familiar está en el número de miembros del hogar económicamente activos y la etapa del ciclo familiar; y no si el jefe de la familia está empleado formal o informalmente, o si es trabajador manual o no-manual (González de la Rocha, *et al.*, 1990, p.355; Selby *et al.*, 1990).

Los pobres no ocupan un nicho ecológico separado dentro de la ciudad. La mayoría de los barrios son socialmente heterogéneos. Aunque se percibe una tendencia de los grupos profesionales y directivos, empleados públicos y, en algunos países, de la élite de trabajadores organizados, para ocupar colonias construidas especialmente para ellos en las

afueras de la ciudad, probablemente sólo un cuarto de la población urbana está segregada de esta forma.¹⁸ Los pequeños empresarios se encuentran en barrios pobres, y son considerados como fuentes aceptables de empleo por las familias pobres, a pesar del bajo salario y las miserables condiciones de trabajo.

El creciente énfasis en la participación de la familia en el mercado laboral hace que las oportunidades de ingreso, más que las condiciones sociales, sean la principal preocupación de los hogares pobres. Esto es un interés que se comparte con otros sectores de la clase trabajadora y con ciertos sectores de clase media. La vivienda sigue siendo la principal preocupación de los pobres y aumenta como problema para las clases medias. La angustia sobre el alza de los precios y los bajos salarios crea las bases para la formación de coaliciones políticas temporales, pero la gran masa de la población urbana no genera, por esto, movimientos políticos organizados. El resultado es habitualmente una forma de participación ciudadana mayor pero de alguna manera, también, una forma privatizada, que enfatiza tanto la movilidad social individual como la acción colectiva. En México, por ejemplo, la participación política a través del voto se ha incrementado dramáticamente durante la crisis, mientras que los movimientos sociales urbanos se han debilitado.

El caso británico

En la Gran Bretaña, la estable clase obrera urbana fue la base eficaz de la acción colectiva para conse-

18. Portes (1989) analiza las consecuencias diversas de la actual crisis económica en términos de la organización espacial urbana: en algunas ciudades, la tendencia de la clase media de cambiarse hacia los

suburbios se vuelve más acentuada, pero, en otros, el deterioro económico de las clases medias las hacen buscar terrenos y vivienda más baratos en barrios más pobres.

guir los derechos sociales. Mellor (1989), nos indica cómo la urbanización británica en el periodo de la postguerra se convirtió en el proyecto ético más importante dirigido por el Estado. Los principales aspectos de este proyecto fueron la erradicación de los tugurios de la ciudad interior y su reemplazo por barrios planificados en los cuales las viviendas se rentaban, bajo estrictas reglas de designación, por el estado; el estímulo fiscal para viviendas suburbanas se orientaron a la familia pequeña; y la ayuda asistencial benefició a la unidad familiar, tanto en términos monetarios como en servicios sociales. El actor fundamental para expandir los derechos sociales fue el Estado Nacional, y lo logró a través del Partido Laborista que representaba los intereses de las clases trabajadoras urbanas.

Estas clases urbanas fueron importantes actores políticos a nivel local, controlando los consejos de la ciudad y colocando representantes en los consejos consultivos de las agencias estatales de asistencia social. El nivel de la participación política, particularmente entre las familias más pobres, no fue, sin embargo, alto. A nivel local, la política de la clase obrera fue controlada por los líderes de los principales sindicatos nacionales, y éstos fueron guiados tanto por intereses y necesidades nacionales como por necesidades locales. En este contexto, la administración de los derechos sociales tuvo un carácter distintivo de control desde arriba. Las familias tuvieron poca decisión en la asignación de las viviendas estatales, y las redes familiares fueron generalmente escindidas por la desaparición de los tugurios. Ser elegible para otros beneficios, como la asistencia social, dependía además de la inspección de los burócratas y no se sujetaban a las necesidades locales.

Como en los Estados Unidos, la reestructuración y relocalización industrial cambiaron los empleos hacia las afueras de las ciudades interiores; lo que resultó ahí fue una concentración de desempleo, pobreza e inmovilidad poblacional (Mellor, 1989). Sin embargo, debido a la concentración espacial de las ciudades británicas y la importancia numérica de la vivienda proporcionada por el estado —casi 40% del total existente en 1982—, las familias pobres se segregaron menos que otras familias, como fue el caso de los Estados Unidos. La principal diferencia con los Estados Unidos, es la dependencia de los pobres con el Estado. Los pobres, en Gran Bretaña, mucho más que en los Estados Unidos, son los que no cuentan con trabajo, los desempleados, inhabilitados o jubilados.

Por el sistema de beneficios, la afinidad en la capacitación y los niveles educativos de los miembros de los hogares urbanos, los desempleados son miembros de familias donde todos los que son económicamente activos están fuera del mercado laboral. El seguro al desempleo y la asistencia social ayudan a mantener la integridad familiar, aunque lo hacen a niveles de ingreso que reducen al mínimo las redes sociales (Gallie, Gershuny y Vogler, en prensa).¹⁹ La reducción de los servicios sociales y los bajos salarios de aquellos que dependen de otras formas de asistencia estatal (por enfermedad o vejez), tiene efectos parecidos de aislamiento social. Abrahamson (1985:15), usa el término *retiro de la sociedad* para describir esta situación que se equipara a la de los pobres en Copenhague.

En este sentido, las estrategias familiares se dan en aquellos hogares cuyos miembros cuentan con

19. Pahl (1984) describe en una muestra de hogares cómo los ancianos y desempleados hicieron al menos uso de las estrategias de auto-aprovisio-

namiento debido a que no pudieron apoyarse entre sí de manera recíproca, ni tampoco pudieron conseguir el equipo o el material que necesitaban.

empleo y se ubican por arriba de la línea de la pobreza. Son además estas familias, que están por arriba de la línea de la pobreza, las que tienen el porcentaje más alto de trabajadores por hogar. El trabajo asalariado de las esposas aumenta el consumo de bienes no básicos de la familia, a diferencia de la situación de América Latina actualmente, donde la estrategia del mercado laboral es más común entre los muy pobres y dirigida a mantener el consumo básico.

El resultado de esto es una relativa polarización entre la masa de la clase obrera británica (Mellor, 1989; Pahl, 1984). Por un lado, hay una próspera clase trabajadora, que usa la planificación familiar, familias que cuentan con al menos dos asalariados, practican el auto-aprovisionamiento para comprar y equipar sus casas, aumentar los niveles de consumo incluyendo vacaciones fuera del país y un plan de retiro. Por otro lado, existe una "subclase", que como Mellor (1989:585) señala, habita el mundo de la sobrevivencia. La regulación del estado y la provisión social reduce la movilidad de esta clase y disminuye las oportunidades de empleo informal.

Las estrategias de sobrevivencia familiar representan, en este contexto, un cambio en la naturaleza de la ciudadanía. Debido a que los pobres son altamente dependientes del Estado y a que la próspera clase trabajadora depende de sus propias iniciativas económicas y resienten la aplicación de impuestos que se usan para ayudar a los pobres no trabajadores, la asistencia social no es vista como un derecho social, sino como caridad ofrecida desde arriba. La universalidad de los derechos sociales —la aceptación de estos como parte de la esfera pública—, es cuestionada, llevando el caso de la Gran Bretaña en la misma dirección que los Estados Unidos. Sin embargo, existen importantes diferencias. Aunque trastornada por tendencias con-

temporáneas, la familia británica, debido a las políticas públicas asistenciales, mantiene con ello un elemento más importante para hacer frente a las necesidades de la vida urbana, en comparación con la visión de la vida urbana en los Estados Unidos. Quizá lo más significativo es el hecho de que la universalidad de los derechos sociales en Gran Bretaña, particularmente con respecto a la salud y al cuidado de los niños, propicia una organización amplia y lista para defender el estado de bienestar, a pesar de la fragmentación del mercado laboral (Gallies y Vogler, 1989). La acción colectiva ha sido más eficaz en Gran Bretaña que en los Estados Unidos, para asegurar el mejoramiento de los servicios sociales y de salud y defender los ya existentes, a través de movilizaciones contra el cierre de hospitales, apoyando a trabajadores de la salud en huelga, etcétera. Un indicio del alto nivel de aceptación del principio universal de los derechos sociales es que el gasto estatal en los servicios sociales, de salud y educativos aumentaron tanto en su participación del gasto total del gobierno como en el porcentaje del Producto Interno Bruto durante los años de la administración conservadora de 1972 a 1987 (World Bank, 1989, Table 11). El aumento del gasto en el sector social probablemente se incrementará con la asistencia obligatoria (establecida por ley), en áreas como la salud y el seguro de desempleo, destinada a una población que cada vez más crece en edad.

El caso de los Estados Unidos

En los Estados Unidos las estrategias familiares no fueron usadas tan ampliamente como forma de sobrevivencia entre los pobres urbanos y cuestiones básicas como la vivienda e infraestructura pública no fueron demandadas por los movimientos

sociales y políticos, al mismo nivel que han sido detectados, por ejemplo, para América Latina.²⁰

Los estudios encaminados a conocer la forma cómo los pobres sobreviven en una ciudad con una participación activa subrayan las estrategias individualizadas, muchas de las cuales se basan en no utilizar al hogar como unidad de acción. Estos estudios resaltaron también la dimensión étnica, en donde la lucha es por derechos culturales y ciudadanía cultural, más que por derechos sociales. Estudios de los barrios negros muestran cómo la gente enfrenta la pobreza diferenciándose según grupos de edad, usando sus propias definiciones de valores y atributos, o por cada miembro de la familia de manera individual, utilizando la unidad doméstica como un marco dentro del cual la gente se moviliza pero no como una fuerza que los retenga (Hannerz, 1969; Liebow, 1967). Aunque la familia y las redes sociales apoyadas en ésta fueron enfocadas como componentes para encarar los problemas de la vida urbana entre grupos étnicos en barrios pobres, como en el estudio de Suttles (1968), las familias y redes sociales fueron menos trascendentes que los grupos identificados con la cultura callejera, al menos para los jóvenes.

Las controversias sobre la tesis de Lewis (1966), y el análisis relacionado de Moynihan (1965), sobre la cultura de la pobreza, son ilustrativas de la falta de perspectiva estratégica percibida entre los pobres. Los muy pobres, sean los negros o puertorriqueños, se mostraron como atrapados en un círculo vicioso de pobreza y fatalismo que les impedía romper su situación. Los que critican esta tesis en

los Estados Unidos la enfocan en las barreras estructurales de la movilidad social entre los pobres, particularmente aquellas que resultan de los prejuicios raciales. A diferencia de aquellos quienes atacaron la tesis de la cultura de la pobreza en el contexto de América Latina, ningún analista, conservador o liberal, presentó a los pobres como capaces de controlar su medio ambiente en ninguna forma significativa.²¹

La explicación de la ausencia de acciones colectivas para obtener derechos sociales entre los trabajadores pobres, como pasó en la Gran Bretaña, tiene su causa en la familia. La expansión espacial y económica de los Estados Unidos, reforzada por las olas de inmigrantes de diferente origen étnico, hicieron de la movilidad social un fenómeno individual y étnico, más que de clase. A diferencia del caso británico, no hubo un proletariado estable que ocupara los mismos empleos, las mismas ciudades, y los mismos barrios de generación en generación, que creara una fuerte identidad entre las familias trabajadoras y formara la base para un partido político de la clase obrera. La descentralización económica y política también contribuyó a la pérdida de una lucha colectiva a nivel nacional. El bienestar social, y aquellos derechos relevantes económicamente como el derecho a la asociación de los trabajadores, se ofrece a nivel local, lo que hace difícil reivindicarlos a través de una acción nacional.

Las excepciones a estos patrones de movilidad social ascendente y movilidad espacial externa fueron las poblaciones afro-americanas que se locali-

20. El interés por el estudio de las estrategias familiares en los Estados Unidos se enfocó en lo que, en términos latinoamericanos puede ser descrito solamente como estrategias de clase media, la auto-provisión de las familias a través de actividades como cortar el césped, decoración del hogar y otras actividades de "hágalo usted mismo".

21. Una excepción es Slack, (1974). Crítico del trabajo de Lewis (1966), en el contexto latinoamericano, Slack también describió los factores estructurales que producían la pobreza, pero estos además mostraron la dinámica de los pobres para administrar su propio ámbito económico y político (Nelson, 1979; Lomnitz, 1977). Asimismo, donde los puntos

zaron en las principales ciudades estadounidenses desde la década de los veinte en adelante, y más recientemente las poblaciones hispanas. En el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, algunos sectores de estas poblaciones fueron atrapados gradualmente en los tugurios urbanos. Las industrias que salieron de las ciudades centrales se llevaron también los empleos, lejos de las comunidades establecidas en la ciudad interior. Igualmente, la descentralización económica y política permitió cambios muy rápidos en el desarrollo económico de ciertas regiones, al mismo tiempo que las industrias abandonan sus antiguas locaciones por mejores lugares ("*green field*" sites), o en tanto que nuevas industrias reemplazan las viejas pero en otros sitios. Se ha demostrado que existe una polarización del mercado de trabajo en las grandes ciudades, como por ejemplo entre los empleos de bajos salarios, los temporales, los empleos de servicios, y los altamente remunerados, profesionales, gerenciales y técnicos, asociados con los que producen servicios y las sedes corporativas. Los empleos con salarios medios, como el trabajo calificado de industria, disminuyeron en números relativos y fueron reubicados frecuentemente fuera de las grandes ciudades. El incremento salarial generalizado en la mayoría de las ocupaciones nos indica que la competencia individual por los puestos de trabajo ha aumentado, repercutiendo con mayores "sanciones" a aquellos que se mantuvieron fuera de la movilidad ocupacional (Uchitell, 1990).

La expansión espacial de las ciudades de Estados Unidos agravaron el aislamiento de la ciudad

interior, creando fuertes contrastes entre los tugurios de la ciudad interior y los suburbios, y una segregación espacial mucho más clara entre los diferentes sectores de la población trabajadora estadounidense a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en las ciudades latinoamericanas y británicas. Ésto es cierto además dentro de los grupos étnicos. Se demostró que las clases medias afro-americanas participaron de la migración hacia los suburbios desde la década de los sesenta en adelante, proceso facilitado en parte por la legislación sobre los derechos civiles de los afro-americanos (Wilson, 1987). En los setenta y ochenta Wilson (1987:55-56) argumenta que los afro-americanos pobres aumentaron su aislamiento social en las ciudades centrales. El principal factor de este aislamiento pareció ser la segregación residencial de los afro-americanos, concentrando su pobreza y acentuando su impacto en la comunidad local (Massey, 1990).

Los afro-americanos están aislados en sus comunidades por los altos índices de desempleo, particularmente entre la población joven masculina, como es el caso en Gran Bretaña, que impide a las familias tener contactos externos para conseguir empleo, lo que hace que la estabilidad familiar sea más difícil. Esta situación, junto con el alto porcentaje de madres y padres solteros, principalmente mujeres, jefes de familia, reduce inevitablemente las oportunidades de contar con apoyos de carácter recíproco dentro de la comunidad.

Si bien la falta de estrategias familiares efectivas no puede ser una conclusión final, sí sugiere en cambio que las oportunidades de desarrollo son mucho menores que en el caso de América Latina. Los

de vista conservadores en los Estados Unidos han tendido a atribuir la pobreza de los tugurios a factores culturales y sugerido políticas eficaces como remedios, los conservadores en América Latina tendían a argumentar que los

pobres, a través de la economía informal hacen ya un buen trabajo para encarar la pobreza, y que es además, una forma que podría mejorar su situación si ésta estuviera menos expuesta a las regulaciones burocráticas.

altos porcentajes de hogares con madres y padres solteros dejan poca libertad de acción para generar lazos de ayuda recíproca o encontrar oportunidades de ingreso locales. Se ha demostrado fehacientemente esta situación entre los diferentes grupos de población hispana. En el estudio de Portes y Bach (1985), los inmigrantes cubanos en general fueron capaces de aprovechar la economía cubana de enclave en el área de Miami, usando contactos con vecinos y amigos cubanos para obtener trabajo y vivienda, mientras que los inmigrantes mexicanos fueron menos exitosos en esto, debido parcialmente a la falta de un enclave económico étnico y por depender de empleos de empresas controladas por anglos.

Los México-americanos no son tan marginales económicamente como los afro-americanos, debido a que aquellos se concentran principalmente en las ciudades del suroeste americano donde la oportunidad de empleo es más numerosa que en las ciudades del norte, aunque se concentre en los trabajos de cuello azul y de carácter temporal, por lo que no es significativa la movilidad social de generación en generación (Chapa, 1988). El mercado laboral de la ciudad de Los Angeles para los México-americanos y recientemente para los inmigrantes mexicanos es parecido al de las ciudades mexicanas en varios aspectos sobresalientes, con un gran número de oportunidades de empleo informal, así como de trabajos manuales de bajos ingresos. El parentesco y los vínculos comunitarios son medios significativos para acceder a estas oportunidades de empleo y para proporcionar una vía generalizada de soporte social y económico (Massey, Alarcón, y González, 1987: 253-284). Así, la familia como base fundamental para encarar la pobreza es más significativa entre la población hispana que entre la población afro-americana, pero muestra diferen-

cias entre la población hispana que refleja desigualdades en su situación urbana como por ejemplo la concentración de puertorriqueños en los *ghettos* económicos del noreste, de los cubanos en los enclaves de Miami, y de los México-americanos en el suroeste. La proporción de jefas de familia entre los afro-americanos es mayor que entre los hispanos, tanto del total de las familias (42.4% a 20.8% en 1989), como de las familias por debajo de la línea de pobreza (73.5% a 43.9%) (U.S. Bureau of the Census, 1990a, Cuadro 20). Entre los puertorriqueños, sin embargo, la proporción de jefes de familia mujeres en 1980 del total de familias puertorriqueñas fue de 36.5%, comparado con 18.8% para la población de origen mexicano y 16.0% para la población de origen cubano (Bean y Tienda, 1987, Cuadro 6.8).

El mayor problema de las familias pobres en los Estados Unidos es el aislamiento social y espacial, creado por la tugurización y la pérdida de las oportunidades de empleo. Esto ha dado como resultado claras diferencias étnicas en cuanto a los niveles de pobreza y la capacidad de las familias para mitigarla a través de estrategias de sobrevivencia. En tal situación, la ciudadanía en sus dimensiones sociales es negada a las minorías étnicas, que son un número sustancial de estadounidenses, mientras que la ciudadanía cultural se ha convertido en la cuestión más importante, debido a la marginación de ciertos grupos étnicos de las oportunidades de consumo y empleo.

Conclusión

Las estrategias de sobrevivencia familiar dejan claro algunas de las cuestiones básicas sobre la pobreza urbana y las políticas que se requieren para prevenirla. No se ha demostrado, ni aun para el caso

de América Latina, que los hogares pobres puedan resolver sus problemas haciendo un uso más racional y específico de sus propios recursos. En el caso mexicano, por ejemplo, los pobres hacen uso del hogar para prevenir los peores efectos de la crisis económica, pero su situación en cuanto al nivel de consumo es muy precaria, y en el mejor de los casos, significaría que los indicadores sociales que habían mejorado anteriormente, como la morbilidad infantil, al menos, no empeoraran. Los pobres han soportado la mayor carga de la crisis económica, trabajando más horas por menos pago y con menos subsidios, con el objeto de que, a través de la austeridad fiscal y la generación de un clima de inversión favorable, la economía se recupere.

No hay, sin embargo, una manera contundente para remediar la pobreza a través de la intervención de agentes externos. Abrahamson (1988) contrasta tres enfoques de la pobreza urbana. El abogar por los pobres, el enfoque de la política pública, y el enfoque de la movilización. Abogar por la pobreza fue el enfoque más utilizado en los Estados Unidos, donde grupos de asistencia se organizaron para hacer un llamado de atención sobre la difícil situación de los pobres, y argumentan en su nombre. La política pública es una característica en la mayoría de los países europeos, donde la fuerza del trabajo organizado y los partidos políticos representantes de las clases trabajadoras han obligado a las élites económicas a dar ciertas concesiones. La política pública en estos países se basa frecuentemente en políticas corporativas en las cuales los patrones y las organizaciones obreras pactan sobre las prioridades del desarrollo. La movilización se basa en la organización autónoma de los pobres para controlar su medio ambiente inmediato y demandar una mejor redistribución de las oportunidades de empleo.

En Chile, estos tres enfoques compitieron entre sí en los años de turbulencia política de los gobiernos de Eduardo Frei y Salvador Allende de 1964 a 1973 (Pastrana y Threlfall, 1974:66-74). Cada uno de estos enfoques dirigido a suavizar la marginalidad de las familias pobres tuvo severas limitaciones, aparte de una última impuesta por el golpe militar de 1973. El primer enfoque se usó principalmente por la Democracia Cristiana y se basó en el estado como fuente de asistencia social para los pobres, proporcionándoles ayuda material y estimulando la organización comunitaria para mejorar las condiciones de vivienda y servicios. Este enfoque alentó el clientelismo, y al crear agentes de control dentro de las comunidades, el estado las diferenció aún más e hizo disminuir su participación. El segundo enfoque fue favorecido por algunos elementos del gobierno de la Unidad Popular de Allende y se basó en una representación vertical a través de los sindicatos y otras organizaciones populares centralizadas. Este modelo corporativo permitió que sólo una poca participación popular fuera realmente efectiva, y vino a ser altamente ineficaz cuando los sindicatos se debilitaron por la crisis económica. La tercera se asoció con la mayoría de los partidos de izquierda del gobierno de la Unidad Popular y se basaron en la participación a nivel local, para controlar y desarrollar diferentes aspectos de la vida barrial. Aún en este caso, sin embargo, la participación local fue limitada, debido parcialmente por el estricto control ejercido por los partidos políticos, pero principalmente por los efectos individualizantes de la crisis económica sobre las estrategias familiares (Castells, 1983).

Pero en el caso chileno, el barrio fue y continúa siendo una base frágil de solidaridad frente al estado y la economía de mercado. En los ochenta, con los altos niveles de desempleo, la acción colectiva

barrial en Chile se mantuvo fragmentada, cuando cada familia buscó su sobrevivencia individual (Tironi, 1987).

Ni las iniciativas externas ni las solidaridades que se construyen por la familia y la comunidad pueden ser por sí solas la base de una acción colectiva para remediar la pobreza. En la evolución de la ciudadanía nosotros podemos ver, en contraste, las posibilidades de cambio. Estas dependen, sin embargo, del contexto urbano. En América Latina, el avance de la ciudadanía política proporciona la fuerza actual para buscar una sociedad igualitaria. En la Gran Bretaña, la ciudadanía social mantiene un eje poderoso de unificación para las coaliciones políticas, en un momento en que los intereses económicos y su influencia en la política se han deteriorado como recurso de la alianza de clases. Actualmente, en los Estados Unidos, la fuerza de cambio social más importante aparece como ciudadanía cultural que extiende la posibilidad de construir coaliciones lo suficientemente amplias para efectuar los cambios necesarios en la política para que se orienten a eliminar la pobreza.

Bibliografía

- ABRAHAMSON, P., (1988), *Social movements and the welfare state: Comparing the struggle against urban poverty in Scandinavia and the U.S.*, (Arbejdsrapport NR.5-1988), Copenhagen, Sociologisk Institut.
- ALBA, F., & Potter, J., (1982), "Population and development in Mexico since the 1940s: An interpretation", *Population and Development Review*, 12 (1), 47-73.
- ALDRICH, J. E., & Waldinger, R., (1990), "Ethnicity and entrepreneurship", *Annual Review of Sociology*, 16, 111-135.
- ANDERSON, M. (1971), *Family structure in nineteenth century*, Lancashire, Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- BALBO, L., (1987). Family, women, and the state: Notes toward a typology of family roles and public intervention. In C.S. Maier (Ed.), *Changing boundaries of the political* (pp. 201-219) New York, Cambridge University Press.
- BEAN, F., & Tienda, M., (1987), *The Hispanic population of the United States*, New York, Russell Sage.
- BENARIA, L., (1989, November). The Mexican debt crisis: Restructuring the economy and the household. Paper presented at the ILO Workshop on Labour Market Issues and Structural Adjustment, Geneva.
- BOYD, M., (1989), "Household and family in immigration", *International Migration Review*, 23, 638-670.
- BROWNING, H. L., & Rodriguez, No. (1985), "The migration of Mexican indocumentados as a settlement process: Implications for work", in G. J. Borjas & M. Tienda (Eds.), *Hispanics in the US economy*, Orlando, FL, Academic Press.
- CASTELLS, M., (1983), *The city and the grassroots*, London, Edward Arnold.
- CEPAL (1989), *Transformaciones ocupacionales y crisis en América Latina*, Santiago, Chile, CEPAL.
- CHANT, S., (1985), "Family formation and female roles in Querétaro, México", *Bulletin of Latin American Research*, 4, 17-32.
- CHAPA, J., (1988), *Are Chicanos assimilating* (Working Paper 88-8), Berkeley, University of California, Institute of Government Studies.
- CORDOVA, E., (1986), "From Full-time wage employment to atypical employment: A major shift in the evolution of labor relations", *International Labor Review*, 125(6), 641-658.
- CORTES, F., & Rubalcava, R. M., (1990), "Equidad via reducción la distribución del ingreso en México (1977-1984)", Mimeo, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, México, D.F.
- CROW, G., (1989), "The use of the concept of "strategy" in recent sociological literature", *Sociology*, 23(1), 1-24.
- DOUGLAS, J., (1989), *The myth of the welfare state*, New Brunswick, NJ, Transaction Books.
- FERNÁNDEZ Kelly, M.P., & García, A.M., (1900), "Power surrendered, power restored, The politics of home and work among Hispanic women in southern Florida", in L. Tilly & P. Guerin (Eds.), *Women, Politics, and Change*, New York, Russell Sage.
- FRIEDMANN, J., (1989), "The dialectic of reason", *International Journal of Urban and Regional Research*, 13 217-236.
- GERSHUNY, J. (1988), "Time, technology and the informal economy",

- in R.E. Pahl (Ed.), *On work: Historical, comparative and theoretical approaches* (pp. 579-597). Oxford, UK, Basil Blackwell.
- GALLIE, D., & Vogler, C., (1989), Labour market deprivation, welfare and collectivism (Working Paper No. 15), Swindon, UK, Social Change and Economic Life Initiative, ESRC.
- GALLIE D., Gershuny, J., & Vogler, C., (in press), Unemployment, the household and social networks. Mimeo chapter for volume on Unemployment of Social Change and Economic Life Initiative of the British Economic and Social Research Council. London, Oxford University Press.
- GARCÍA, B. & Oliveira, O. de., (in press), "Cambios en la presencia femenina en el mercado de trabajo: 1976- 1987", *Demografía*, El Colegio de México.
- GLATZER, W., & Berger, R., (1988), "Household composition, social networks and household production in Germany", in R.E. Pahl (De.), *On work: Historical, comparative and theoretical approaches* (pp. 513-526). Oxford, UK, Basil Blackwell.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, M., (1986), *Los recursos de la pobreza: Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, Guadalajara, México: CIESAS, El Colegio de Jalisco.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, M., (1988), "Economic crisis, domestic reorganisation and women's work in Guadalajara, México", *Bulletin of Latin American Research*, 7(2), 207-223.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, M., (in press), "Crisis, food consumption and access to services: The Guadalajara working class", in A. Escobar & M. González (Eds.), *The Mexican crisis of the 1980s: State action, social impacts and social responses*, San Diego, CA, Center of US- Mexican Studies.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, M., Escobar, A., & Martínez, M., (1990), "Estrategias versus conflicto. Reflexiones para el estudio del grupo doméstico en época de crisis", en G. de la Peña et al. (Eds.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia* (pp. 315-368), Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara/CIESAS.
- GOTTDIENER, M., (1989), "Crisis theory and socio-spatial restructuring: The US case", in M. Gottdiener & N. Komminos (Eds.), *Capitalist development and crisis theory: Accumulation, regulation and spatial restructuring* (pp. 365-390), New York, St. Martin's.
- HAGAN, J.M., (1990), The legalization experience of a Mayan community in Houston, Doctoral Dissertation, University of Texas at Austin.
- HAGUETTE, T., (1982), *O mito das estratégias de sobrevivencia*, Fortaleza, Brazil, Universidade Federal do Ceará.
- HANNERZ, U., (1969), *Soulside: Inquiries into ghetto culture and community*, New York, Columbia University Press.
- HAREVEN, T., (1982), *Family time and industrial time: The relationship between the family and work in a New England industrial community*, Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- INTERNATIONAL LABOUR OFFICE. (1989), World Employment Report. Geneva, ILO.
- JELIN, E., (1984), "Familia y unidad doméstica: Mundo público y vida privada", *Estudios Cedes*, Buenos Aires.
- JELIN, E., (comp.), (1986), Ciudadanía e identidad: La mujer en los movimientos sociales en América Latina, Geneva, UNRISD.
- LEVINE, D.C., (1977), *Family formation in an age of nascent capitalism*, New York, Academic Press.
- LEWIS, O., (1966), *La vida: A Puerto Rican family in the culture of poverty*, New York, Random House.
- LIEBOW, E., (1967), *Tally's corner*, Boston, Little, Brown.
- LOMNITZ, L., (1977), "Networks and marginality", *Life in a Mexican shantytown*, New York, Academic Press.
- MANN, M., (1987), "Ruling class strategies and citizenship", *Sociology*, 21(3), 339-354.
- MARSHALL, A., (1987), Non-standard employment practices in Latin America, Discussion Paper, DP/6/87, Geneva, International Institute for Labor Studies.
- MARSHALL, T. H., (1965), *Social policy in the twentieth century*, London, Hutchinson.
- MASSEY, D., (1990), "American apartheid: Segregation and the making of the underclass", *American Journal of Sociology*, 96, 329-357.
- MASSEY, D., Alarcón, R., Durand, J., & González, H., (1987), *Return to Aztlan*, Berkeley, University of California Press.
- MASSEY, D., & Eggers, M., (1990), "The ecology of inequality: Minorities and the concentration of poverty, 1970-1980", *American Journal of Sociology* 95, 1153-1188.
- MELLOR, R., (1989), "Transitions in urbanization: Twentieth-century Britain", *International Journal of Urban and Regional Research* 13 (4), 573-596.
- MILLS, C., & Payne, C., (1989), Service class entry in worklife perspective (Working Paper 10), Social Change and Economic Life Initiative, ESRC, Swindon, UK.

- MINGIONE, E., (1985), "Social reproduction for the surplus labor force: The case of Southern Italy", in N. Redcliff & E. Mingione (Eds.), *Beyond Employment: Household, gender and subsistence* (pp. 14-55), Oxford, UK, Basic Blackwell.
- MINGIONE, E., (1987), "Urban survival strategies, family structure and informal practices", in M. P. Smith & J.R. Feagin (Eds.), *The capitalist city: Global restructuring and community politics* (pp. 297-322), Oxford: Basic Blackwell.
- MOYNIHAN, D.P., (1965), "*The Negro family*", *The case for national action*, Washington, DC, U.S. Department of Labor.
- NELSON, J., (1979), *Access to power: Politics and the urban poor in developing countries*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- NOYELLE, T., & Stanback, T.M., (1984), *The economic transformation of American cities*, Totowa, NJ, Towman & Allanheld.
- PAHL, R.E., (1984), *Divisions of labour*, Oxford, Basic Blackwell.
- PASTRANA, E., & Threlfall, M., (1974), *Pan, techo y poder: El movimiento de pobladores en Chile (1979-1973)*, Buenos Aires, Ediciones Siap/Planteos.
- PESSAR, P. A., (1982), "The role of households in international migration and the case of the US- bound migration from the Dominican Republic", *International Migration Review*, 16(2) 342-364.
- PIVEN, F.F., & Cloward, R.A., (1971). *Regulating for poor: The functions of public welfare*, New York: Academic Press.
- PORTES, A., (1989), "Latin American urbanization during the years of crisis", *Latin American Research Review*, 24, 7-44.
- PORTES, A., (1989), "Latin American class structures", *Latin American Research Review*, 20, 7-39.
- PORTES, A., & Bach, R.L., (1985), *Latin journey: Cuban and Mexican immigrants in the United States*, Berkeley, University of California Press.
- PORTES, A., & Sassen-Koob, S., (1987), "Making it underground", *American Journal of Sociology* 93, 30-61.
- REDCLIFF, N., (1988), "Gender, accumulation and the labour process", in R.E. Pahl (Ed.), *On Work: Historical, comparative and theoretical approaches*, (pp. 428-448), Oxford, UK, Basil Blackwell.
- ROBERTS, B.R., (1989), "The other working class: Uncommitted labor in Britain, Spain and Mexico", in M. L. Koln (Ed.), *Cross-national research in sociology* (pp. 352-372). Newbury Park, CA, Sage.
- ROBSON, B., (1988), *Those inner cities*, Oxford, UK, Clarendon Press.
- ROSE, M., & Felder, S., (1988), *The principle of equity and the labour market behaviour of dual earner couples* (Working Paper 3), Social Change and Economic Life Initiative, Economic and Social Research Council, Swindon, UK.
- SASSEN, S., (1988), *The mobility of labor and capital: A study in international investment and labor flow*, Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- SCHMINK, M., (1979), *Community in ascendance: Urban industrial growth and household income strategies in Belo Horizonte, Brazil*, Doctoral dissertation, The University of Texas at Austin.
- SCHMINK, M., (1984), "Household economic strategies: Review and research agenda", *Latin American Research Review*, 87-101.
- SECCOMBE, W., (1990), "Working-class fertility decline in Britain", *Past and Present* 126, 151-188.
- SELBY, H., Murphy, A.D., & Lorenzen, S.A., (1990), *The Mexican urban family: Organizing for self-defense*, Austin, University of Texas Press.
- SOJA, E., (1986), "Taking Los Angeles apart", *Environment and Planning D*, 255-272.
- STACK, C.B., (1974), *All our kin: Strategies for survival in a black community*, New York, Harper & Row.
- STANDING, G., (1988), *European unemployment, insecurity and flexibility: A social dividend solution* (World Employment Programme Labour Market Analysis Working Paper No. 23) Geneva, ILO.
- STARK, D., (1989), "Bending the bars of the iron cage: Bureaucratization and informalization in capitalism and socialism", *Sociological Forum* 4 (4), 637-664.
- SUTTLES, G.D., (1968), *The social order of the slum*, Chicago, University of Chicago Press.
- TIENDA, M., (1980), "Familialism and structural assimilation of Mexican immigrants in the United States", *International Migration Review* 14, 383-408.
- TILLY, L., & Scott, J., (1978), *Women, work, and family*, New York: Holt, Rinehart & Winston.
- TIRONI, E., (1987), "Pobladores e integración social", *Proposiciones (Santiago de Chile)* 14, 64-84.
- TURNER, B. S., (1990), "Outline of a theory of citizenship", *Sociology* 24 (2), 189-217.
- UCHITELL, L., (1990, August 14), "Unequal pay widespread U.S.", *The New York Times*, p. C1.
- U.S. Bureau of the Census. (1990a), *Money income and poverty status*

- in the United States, 1989 (Current Population Reports, Series P. 60 No. 167), Washington, DC, Government Printing Office.
- U.S. Bureau of the Census, (1990b), Trends in income by selected characteristics: 1947-1988 (Current Population Reports, Series P. 60 No. 167), Washington, DC, Government Printing Office.
- VAN GUNSTEREN, H., (1978), "Notes of a theory of citizenship", in P. Bimbaum, J. Lively, & G. Parry (Eds.), *Democracy, consensus and social contract* (pp. 9-35). London, sage.
- VOGLER, C., (1990), Labour market change and patterns of financial allocation within households, (Social change and Economic Life Initiative working Paper), ESRC Nuffield College, Oxford.
- WARMAN, A. (1985), "Estrategias de sobrevivencia de los campesinos Mayas", en *Cuadernos de Investigación social 13*. México, D. F., Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- WILSON, W.J. (1987), *They truly disadvantaged: The inner city, the underclass, and public policy*, Chicago, University of Chicago Press.
- WORLD Bank. (1989), *World, development report 1989*, New York, Oxford University Press/World Bank.
- WRIGHT, E. O., & Martin, D. (1987), "The transformation of the American class structure", *American Journal of Sociology*, 93, 1-29.
- WRIGLEY, E. A. (1983), "The growth of population in eighteenth-century England: A conundrum resolved", *Past and Present* 98, 121-150.